

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

CUANDO abrimos, ahora, un periódico de hace 150 años, encuentran nuestros ojos la radiografía más penetrante y abarcadora de aquel tiempo. Estará en las noticias propiamente dichas la crónica de los acontecimientos, como en los renglones del editorial y del comentario podrán reconocerse las tendencias que unas veces llegaron a ser realidad, se quedaron otras -¡cuántas!- en la intención. Pero si nos falta tiempo -o vocación, o gana- para un análisis completo, quedémonos en las planas de los anuncios. Allí hay siempre un documento simple, rápido, de inmediata utilidad para saber qué gastaban, es decir, cómo vivían, es decir, cómo eran los hombres de aquel tiempo. Si alguna locura planetaria no acaba un día con estos caros almacenes de papel impreso, lectores curiosos de mucho después podrán revivirnos a nosotros mismos. Y alguien, sagaz, advertirá todo el cambio apresurado de unas décadas que valen por siglos.

En el diario de cualquier mañana, en su publicidad, alienta todo ese afán de confort y nivel de vida que señala a nuestro tiempo. Los electrodomésticos -tenían que ocurrírseles en primer lugar-; los automóviles, ya ofrecidos con halagos, ¡quién lo diría!, casi con reverencia; el apartamento de lujo en el "hábitat" que -nos dicen- "usted merece"; el safari a África y el viaje de ida y vuelta al Japón... Vano sería asombrarse, cuando es el periódico nuestro de cada día. Sin embargo, un amplio espacio invitatorio ha retenido mi atención. Hay que tener en principio unos metros de tierra propia, es verdad; pero toda propaganda arranca de un halago, y tal como el Banco que nos ofrece sus servicios está suponiéndonos en posesión de unas pesetas, así que aquí se piensa que los lectores al menos un buen número no seremos tan pobres que nos falte un pedazo de tierra donde caernos muertos; o sea, donde montar una piscina. Pues de la piscina se trata. Bastan dos o tres semanas para tenerla completa, con su color purísimo, con sus barandillas y asideros y trampolines. Entonces la casa, aún la más modesta, adquiere un luminoso prestigio; y su propietario siente que él mismo ha ingresado en una especie de club. Lo demás ya será fácil y de añadidura: el sillón para sentarse a contemplar la vida en azul, mientras la mano displicente mueve en el vaso los pedazos geométricos del hielo.

Hasta aquí todo va bien en nuestras reflexiones. Pero si ciertos anuncios consumistas los mandan poner -y los pagan- hombres de negocio, gente nada romántica, será porque existe una suficiente clientela presunta. (Pues si alguien tiene que ofrecer producto de necesidad sólo para unos pocos -digamos el fabricante de

mitras episcopales-, no necesita miles de ejemplares impresos: manda un propio a Astorga, por ejemplo, y ya está).

Después de recorrer el color nada optimista de las diversas parcelas del periódico, el que las piscinas se puedan vender a muchos es algo que nos llena de confusión. Pero ya estamos acostumbrados -uno debe ser más bien torpe- a encontrar en las noticias de cada día un catálogo de perplejidades.

JOSE Víctor Carreño ("Pipo Carreño", como procedería completar, según costumbre de las esquelas necrológicas asturianas), falleció en Villalba, provincia de Lugo, el día de Santiago Apóstol de 1974, en accidente de circulación. Lo habíamos sabido por los periódicos. Ahora resulta turbador este impreso, finamente impreso, que pone en circulación su compañero de siempre. Con sencillez: "Fernando Wes ruega una oración por su alma".

Pipo y Fernando, o Fernando y Pipo, llegaron puntuales -llegaron durante decenas de años- a los días leoneses de San Juan y San Pedro. Hacían un tándem de pulcritud indumentaria blanquísima, tan sólo vulnerada por la corbata alegre y, ¡no faltaba más!, por el clavel bien puesto en la solapa. Muchos lectores -suponiendo que uno los tenga- deben recordar sus figuras inseparables, Ordoño arriba y abajo, terrazas del Azul y del Rox, los toros las justas literarias... Sólo al final de las fiestas, en ese momento ceniciento de quitar las bombillas y barrer los papelillos de colores, Fernando el pintor, y Pipo, el poeta, regresaban al Avilés de su vida y costumbre. Hasta otro año.

Ahora ya nos será difícil imaginarlos juntos, unánimes. Esa misma cartulina delicada es un símbolo del Destino. El amigo sobreviviente se coloca en un eco, una línea minúscula y fiel, porque en la Muerte, ya se sabe, el protagonista es el muerto.